



PANEGÍRICO

DE SAN SULPICIO, ARZOBISPO  
de Bourges:

PREDICADO

En la Iglesia Parroquial de su mismo  
nombre.

*In medio magnatorum ministrabit.* Entre los grandes ejercerá su ministerio. *Eccli. 39. 4.*

No siempre lleva Dios por caminos oscuros á sus elegidos. La soledad no es la herencia de todos los Santos. Aunque entre los fastos de la Iglesia se hallan los nombres de muchos héroes christianos que se santificaron en el silencio de los desiertos; tambien es cierto, que con un ministerio resplandeciente, á la sombra del trono y de los honores, entre los grandes de la tierra, vemos otros muchos, que sin dexar de ser grandes ellos mismos, se santificaron entre el bullicio del mundo.

La solemnidad de este dia, christianos oyentes,

tes, ofrece á vuestra consideracion un Santo que, sin haber vivido en el retiro, logró ser contado entre los modelos de la perfeccion evangélica: un Santo criado entre las delicias de la corte, y un Pontífice colocado por el cielo sobre una de las primeras Sillas de la Iglesia Galicana: un Santo que por su estado se veía precisado á tratar continuamente con los grandes: ser testigo de sus vicios sin participar de ellos, é indiferente por los honores que son el objeto de su ambicion; y un Santo, en fin, que se ve elevado á las primeras dignidades, y no las acepta sino para llenar sus deberes, ni se hace tampoco sensible al vano resplandor que las es inseparable.

Si señores, en la corte de los reyes, sobre el brillante teatro de las grandezas humanas, sobre el trono de la Iglesia, y en las augustas funciones de su Episcopado, será donde *Sulpicio* haga sucesivamente su ministerio interesante, útil, glorioso é instructivo. *In medio magnatorum ministrabit.*

*Sulpicio* vivió entre los grandes del mundo, instruyéndoles con sus exemplos. *In medio magnatorum. Punto primero.*

*Sulpicio* vivió entre las grandezas de la Iglesia, santificándolas con el uso que hizo de ellas. *Ministrabit. Punto segundo. AVE MARIA.*

PRIMERA PARTE.

El mundo es el centro del vicio. Sus máximas le autorizan, sus exemplos le sostienen y sus elogios le coronan. La virtud austera



parece en él como forastera , é infinitas veces muy debil para resistir al torrente del contagio que lo arrastra todo ácia sí, y causa en él un triste naufragio. La nociva floxedad, los seductores encantos del placer, el amor á la libertad y la tiranía de la costumbre, parece que se conjuran unánimes para perder á la inocencia.

Pero en el mundo aun encuentra muchos mas peligros la virtud: la corte es la escuela mas refinada del vicio. Los grandes que por sus destinos viven en ella, y á quienes su mismo estado pone en la precision de satisfacer á todos sus deseos, se saben aprovechar muy bien de esta funesta ventaja. Dominados por sus pasiones, y viendo que no hallan obstáculo alguno, solo escuchan y siguen los desarreglados pensamientos de su corazon. Estas son las únicas leyes que conocen, ó por mejor decir, esta es la única Religion que parece profesan en muchas ocasiones.

¡Ah! ¡con quanta facilidad se comunican las malignas influencias de un ayre contagioso! Es una sutil ponzoña que se desliza y se extiende sin sentir. Su curacion es poco menos que imposible. Apenas nos manifiesta un solo exemplo de ella la multitud de siglos que nos han precedido.

Pero el séptimo nos ofrece justamente uno en *San Sulpicio*. En este siglo tan conocido en las historias de esta monarquía por las fatales revoluciones que se experimentaron en él, por las desgraciadas guerras y por la precipitada muerte de sus soberanos: en este siglo, vuel-

VO

vo á decir, fué en el que se nos manifestó con nuestro Héroe tan maravilloso exemplo. Siglo tan célebre en los anales de la Iglesia por el gobierno de ciencia, virtudes, milagros y obras de S. Gregorio el grande, que fué un eloqüente panegirista de la Francia, conquistador dichoso de la Inglaterra, extirpador del cisma y de la heregía, y oráculo y padre del mundo christiano::: Si, oyentes míos, el séptimo siglo fué el que vió nacer á *Sulpicio*, y admiró sus virtudes. La historia no nos dice el nombre, empleo y qualidades de sus mayores; pero nos dá á conocer la nobleza de su origen. *Ortus à claris parentibus* (1). Por ella sabemos, que desde su infancia se instruyó en las letras divinas y humanas, y que hizo en ellas los mayores progresos. *Is à pueris sacris Litteris eruditus*. En ella leemos, que su piedad igualaba á sus talentos. *Omni virtute præluxit*; y que antes de unirse al santuario, tenia ya, en medio del mundo mismo, el espíritu y la vocacion al Sacerdocio: *Etiam Laicus*. Ella nos hace ver también, que apenas se habia instruido quando enseñaba á los demás, y parecia disponerse, por medio de un prematuro apostolado, á las augustas funciones del Episcopado. *Alios instruit*. En ella encontramos, que desde el principio de su vida parece se habia apoderado la gracia de su corazon. *Aderat ei divina gratia* (2). Nos le muestra desde

M 3

SU

(1) *In vita Sancti Sulpitii*, anonim. Autor Goetan. Apud Bollad. cap. I.

(2) *In vitâ Sancti Sulpitii*, cap. I.



su juventud en la corte, en donde por su nacimiento mereció el favor del príncipe. *Castris regalibus altus* (1); atrayéndole en ella el heroísmo de su santidad los respetos de aquellos mismos que no le imitaban. *Bonis operibus deditus* (2). La obligacion dirigia sus pasos; y la Religion alejaba de ella su corazon. Declamaba contra los extravíos, y se declaraba por enemigo de los vicios. La conducta de los que estaba obligado á practicar, llegó á ser el contraste de sus costumbres. Vivió como penitente en la mansion de la licencia, como solitario en la de la disipacion, y como Apóstol y Profeta en la de la incredulidad; y de este modo conseguía instruir á los grandes de la tierra por medio de sus virtudes y exemplos.

*In medio magnatorum ministrabit.*

La facilidad de entrérgarse al gusto de los placeres parece que es disculpable en una edad en que nacen las pasiones, y ciegamente se apartan de las reflexiones útiles á quienes tanto temen. Entónces se deleyta el espíritu de independencia en sacudir el yugo de la sujecion, y el corazon agitado conspira en algun modo contra la virtud, aunque en su propio daño. La libertad hace que nazcan los deseos que excita la ocasion y fortifica el exemplo: la juventud piensa que todo lo que desea la está permitido. Así se ve, que todos sus pasos son, como dice San Gerónimo, resbaladizos. *Lubricum adolescentia iter.* Su ligereza no la de-

(1) *In secunda vita, cap. I.*

(2) *In secunda vita Sancti Sulpitii, cap. I.*

dexa percibir sino los atractivos encantos del placer. El veneno fatal que este oculta en sí, no detiene á su espíritu incapaz de atencion. Ella solo considera las flores que cubren el precipicio, y no permite recaigan sobre estas sus distrahidias miradas.

¿Qual será, pues, el modo de obrar de Sulpicio, abandonado á sí mismo en medio de una corte profana y luxuriosa, donde los objetos mas seductores se presentaban á cada paso á sus deseos, y donde para satisfacerles no le costaba mas que abrazarles y fijar su atencion en ellos? ¡Quan dificultoso es que las pasiones que le incitan, los placeres que le llaman y los escollos que le rodean no puedan suspender su razon apenas descubierta! ¿Quien no se ha de persuadir, que triunfarian de su virtud, con otra tanta mayor facilidad, en quanto no era capaz de oponerles una constante resistencia? En este desigual combate sabrá como un nuevo Daniel aterrar á los infinitos monstruos que opone la seduccion á su vigilancia.

Bien sabeis, señores, qual era la corte de Thierry II. En un corto espacio de tiempo habia mudado tres veces de señor esta tempestuosa capital, y tomado sucesivamente los vicios ó las virtudes de sus diferentes reyes. Baxo el gobierno de Gontrano, que era un príncipe piadoso y de ingenio apocado, guerrero mas bien por necesidad que por ambicion; monarca, cuya bondad inspiraba mejor la licencia y desenvoltura que el deber; cuya dulzura y humanidad eran mas bien efecto de la



timidez que de la reflexion: amado de su pueblo, pero sin saberse hacer respetar; pródigo en favor de los pobres; demasiado confiado con sus ministros, y en fin, un hombre que mostraba ser un gran santo mas bien que un gran rey: baxo el mando de Gontrano, pues, fué la corte de Borgonia el centro de la política, de la hipocresía y de la supersticion. En el de Childerto, que era un príncipe de mucho valor, no se escuchaba mas que su resentimiento y venganza; en el vigor de su juventud solo hablaba de combates y ambicionaba victorias, siendo la corte al propio tiempo cruel, guerrera y sanguinaria. Baxo el gobierno de Thierry II. que siempre fué un príncipe valiente, aunque muchas veces imprudente y algunas despreciado, no dexaba de serlo sino para dar á sus pueblos el triste espectáculo de un monarca demasiado fácil en condescender á extrañas sugerencias: esclavo de un ministro desarreglado y demasiado mañoso para su ambicion: monarca atrevido en sus proyectos: conquistador rápido: vencedor orgulloso, hijo sin sumision y hermano sin ternura: monarca infiel á sus palabras, é inconstante en sus procederés: mas zeloso de sus intereses y de sus gustos, que de su reputacion y de su gloria; y, en una palabra, baxo el mando de Thierry era la corte de Borgonia la mansion de la intriga, de la desenvoltura, del odio y del furor. En ella se veía una alternativa asombrosa de festejos y de duelos, de confusion y de crueldad, de diversion y de tristeza. Las pasiones mas opuestas entre sí, formaban allí

hom-

hombres sin costumbres y sin sentimientos: hechos á pasar desde los desarreglos á los combates, desde los combates á los desarreglos; y casi siempre sin respeto á las leyes, á su señor, ni aun á sí mismos.

En aquel tiempo fué quando se dexó ver *Sulpicio*, tiempo en que reynaba en la corte de Thierry, baxo la autoridad de su nieto, aquella célebre princesa Brunehaulda, que fué el singular contraste de las qualidades mas brillantes y de los defectos mas horribles; muy vituperada por la calumnia y alabadisima por la adulacion: princesa á quien no puede negársela en verdad, ni grandes virtudes, ni grandes crímenes. La historia de su reynado encierra una continuada série de horrores; pero tambien se la debe conceder un consumado ingenio en el arte de gobernar; una alma grande, capaz de perdonar á la misma perfidia; un firme carácter, á quien no pudieron abatir los reveses de la fortuna; un corazon generoso, que conocia el mérito del beneficio; una piedad liberal y magnífica, que inmortalizan una infinidad de monumentos en los fastos de la Francia y de la Iglesia. Se la reprehenden rasgos de crueldad, meditadas traiciones, iniquas venganzas, excesiva avaricia y la muerte de diez reyes; se la tacha tambien de una muger, cuyas costumbres estaban llenas de escándalo y de licencia; pero sus acusadores son los destructores de su sangre y los enemigos de su gloria; sus perseguidores y sus jueces, tenian interes en manchar su reputacion; lo cierto es, que ella era una prince-

sa



sa disimulada, política, zelosa, vengativa y tal vez cruel; pero tambien prudente, animosa, activa y constante. Rival temible, muger imperiosa y regente despótica; pero esposa fiel, madre tierna y reyna grande: mas desgraciada que culpable, y digna de ser deseada en muchas cosas; infinitas son las qualidades que la hacen acreedora á las alabanzas (1).

En esta corte tan fecunda en vicios fué donde la Providencia fixó la suerte de *Sulpicio*. En ella es donde empezaron á brillar los primeros rasgos de su virtud. Poco susceptible á los frívolos objetos que se presentaban á su vista, no se descubría su razon, sino para alegrar de ellos á su corazon. En el seno de su conciencia, sentía una imperiosa voz que le decía, que todo quanto percibia no era más que vanidad. Aun no se conocia á sí mismo, quando ya penetraba la nada de la engañosa fantasma que le rodeaba. Un íntimo sentimiento le habia convencido de que la amargura seguía al placer, que la inquietud es inseparable de la opulencia, y que no hay verdadera felicidad sino en nuestra Religion sagrada. Convencido de estos sólidos pensamientos, advertía el peligro y le evitaba, vivía en medio del mundo y no era ni su ídolo, ni su adorador. Los abusos que veía reynar imperiosamente, llegaban á ser para él motivos de penitencia. Ya que no tenia que suspirar por sus propias flaquezas, quería castigar en sí mismo los extravíos de los demas. Se negaba

(1) Hist. de Francia del Abate Veli, tom. I.

ba á los festejos de la corte por ir á visitar el sepulcro de los mártires. ¡Que cosa tan admirable! Se afligia por no haber vivido en el tiempo de las persecuciones de la Iglesia para haber menospreciado el furor de los tiranos, y sacrificado su virtud y su vida en honor de la fé. Baxo la brillantez del oro, ocultaba la mortificacion y el silencio. Cada día y á cada instante resplandecía con las señaladas victorias que conseguía sobre los enemigos de su inocencia. *Propositum obtinuit castitatis*. Quanto mas batallaba con él el inferno, mas se resistía. Asombrados los demonios, huían de un héroe que estaba siempre armado para combatirles y confundirles. *Dæmones fugat*. Aquellos favorables instantes que cubre la noche con su negro manto, les escogía él para entregarse, sin que nadie le viese, á una fervorosa contemplacion. *Silentia noctium profunda cum fierent* (1). ¡Ah! El vivir sin hablar á su Dios, sería para él lo mismo que sino viviese. El tiempo que le quitaba una ventaja tan preciosa como esta, le era muy sensible. Como víctima de la mortificacion mas austera, consagraba á los ejercicios de la oracion las horas destinadas para la dulce tranquilidad del reposo. Pero ¿que reposo? El espíritu de penitencia le quitaba de él lo que la misma necesidad exígia concederle. Una cama de zarzas y espinas era lo que oponía nuestro Santo á la suma delicadeza de los cortesanos. ¿Quantas veces se quitó el sueño que le agobía-

(1) *In vita Sancti Sulpitii, cap. 2.*



biaba y rendia? *Somnis spretis*. ¿Quantas veces amaneció el dia encontrándole en éxtasis al lado del Santuario? Tales son, señores, para *Sulpicio* las diversiones de su infancia. *Hic ludus ejus infantie* (1). La oracion y la penitencia, son armas muy poderosas contra las pasiones y vicios de la corte. Mas ¿con quanta atencion procuraba ocultar aquel héroe á los ojos de los grandes y del príncipe, tanto los ejercicios de su fervor, quanto el ignorado lugar donde los hacia, que era el único é inexcusable testigo de ellos? *Sanctum elaborabat propositum occultare* (2).

Entre los horribles despojos de las sangrientas guerras que la Francia habia experimentado, permanecian los tristes residuos de un templo cuya ruina aun no habia reparado el zelo. *Ecclesia penè diruta* (3). Guiado por la piedad, se dirigió á él para olvidar el espectáculo seductor de una corte licenciosa. *Per noctare pergebat* (4). A vista de él contemplaba con la amargura de su corazon lo que habian sido aquellos altares y lo que eran: allí era donde mientras la obscuridad de la noche redoblabá los rigores de su penitencia. ¡Oh! ¡quan dichoso se creeria él si pudiera regar con su sangre una tierra en donde le descubre su fé casi borrado el rastro de la sangre de Dios! ¡Quanto hubiera celebrado poder juntar aquellas piedras dispersas, y dar á aquel templo del

(1) *In vitâ Sancti Sulpitii, cap. 1.*

(2) *Ibid. cap. 2.*

(3) *In vitâ Sancti Sulpitii, cap. 2.*

(4) *Ibid.*

del Dios eterno con sus propias manos el primer esplendor y magestad que antes tenia! A su fervor se le figuraba que la noche se acababa demasiado breve. Dexando aquellos piadosos ejercicios aunque á pesar suyo, se iba á la corte, y no llevaba á ella sino reflexiones melancólicas y sumo disgusto; pero obligado á hacerlo así, se veía ser el modelo de toda ella. En efecto, señores, es de admirar que un cortesano sea un santo. La brillantez del trono, cuyos rayos reflexan sobre los que le rodean, no deslumbraban á *Sulpicio*. Tan enemigo del fausto como del orgullo, se contenia dentro de los límites de la modestia y de la simplicidad: el único placer que tenia en la corte era el de no concederse ninguno de los que habia en ella: el exemplo, que es el tirano mas imperioso, no influía nada sobre él. Un Dios crucificado era el modelo que se habia propuesto: el participar de su cruz era el colmo de la felicidad á que aspiraba *Christo confixus sum cruce* (1).

¿Se mantendrá siempre acaso esta heroica virtud de *Sulpicio*? Lo cierto es, que el mundo tiene muchos encantos para seducir los corazones. La disipacion es uno de ellos: quanto mas peligrosa parece que lo es menos. Pero yo no debo temer nada de nuestro Héroe. Su corazon está en su Dios de quien jamas le apartarán. Si fué penitente en la mansion de la licencia y del desenfreno, tambien será solitario en la de la disipacion.

(1) Galat. 2. v. 19.



Y tú, ó tumultuosa region, en donde las pasiones del corazon mantienen los espíritus en un movimiento continuo; donde la ambicion está siempre atenta para elevarse en perjuicio del mérito y ocuparse sin cesar en atar el nudo de mil intrigas; donde la política, inagotable siempre en sus recursos, piensa á un mismo tiempo formar proyectos sigilosos y penetrar hasta la violacion de los de los demas; donde la envidia, interesada siempre en la destruccion ajena, no estudia mas que en derribar á sus dichosos ribales; donde el ansia de adquirir protectores, empeña en una multitud de debéres proscriptos siempre por la decencia, y desempeñados muchas veces por la fuerza; donde la esperanza del favor y el temor de las desgracias precipitan á un abismo de inconseqüencias que á cada paso se renuevan, y parecen no prometer una felicidad futura sino á costa del bien presente; donde el vario espectáculo de los objetos, la rápida sucesion de los acontecimientos, el principio y ruina de las fortunas, quitan el hombre al hombre mismo; corte de los príncipes, abundante region en falsedades, en monopolios y en perfidias; donde la dispacion es el menor de los abusos y la falsedad el vicio mas pequeño; corte de los príncipes, mansion del desasosiego, de la turbacion y de las tempestades; á tí te digo, ¿que vienes á ser con todo ese aparato en comparacion de *Sulpicio*?

La corte, pues, es para él una nueva Tebayda, y admirado el mundo le parece que contempla en este Héroe otro Antonio. Siempre

pre

pre le advierte el mismo fervor, la misma humildad y el propio recogimiento. El resplandor de su reputacion iguala ya al de su mérito. Desde la corte de Borgofia pasó á la de París. *Clarescere cepit* (1). Todas las provincias de este reyno, están llenas de su gloria y de su nombre. *Fama longè lateque dispersa* (2)... Pero aunque ingenioso para ocultarse á aquella rápida multitud tras la que se dexan arrastrar gustosos los hombres propios de corte, no esperéis que afecte el exterior de una virtud poco sociable. No por cierto: él se niega al mundo como sabio y se presta á él como benéfico: trata con los hombres sin alejarse de Dios: en medio de las dispaciones, forma una soledad en su corazon: entregado siempre á sí mismo triunfaba tanto de los objetos exteriores que le incitaban, como de los malos pensamientos que le podian sobrevenir. Sabia gozar de un pacífico retiro entre las ocupaciones mas propias para turbarle. Ya que su destino no le permitia vivir como solitario, tenía por lo menos el deseo de conseguirlo.

Pero hablemos con mas propiedad. *Sulpicio* supo romper los vínculos que le tenían ligado á la corte. *Laqueis sæculi ruptis* (3). En un retiro doméstico se habia hecho su fervor, como dueño de sí mismo, una impenetrable muralla á las ilusiones del mundo. *Domestica*

so-

(1) *In vitâ Sancti Sulpitii*, c. 2.

(2) *Ibid.*

(3) *In vitâ S. Sulpitii*, c. 2.



*solitudo* (1). Como ardiente contemplativo, apenas le bastaban los mas largos dias para el dulce comercio que tenia con su Dios. *Dulci contemplatione* (2). ¡Quantas maravillas podria yo decir acerca de esto! Mas la humildad de nuestro Santo, quiso quitar á nuestra curiosidad y contemplacion la relacion de los favores sobrenaturales que acompañaron á su retiro. Retiro por cierto tan recomendable, que no le interrumpia sino para entregarse á los mas Santos ejercicios de la Religion; dulcificar tanto con sus liberalidades quanto por medio de sus discursos el miserable estado de los desgraciados hombres, á quienes ó la justicia tenia privados de su libertad, *multos, vinculorum pœnis liberare* (3), ó la desfallecida naturaleza habia hecho recogerse á los asilos abiertos á la indigencia; *miseris auxilium ferre* (4). Sí, hermanos míos, el destruir en Berry las reliquias de la idolatría mal subyugada, ó renaciente de sus propias cenizas, eran las santas ocupaciones que llevaban la mayor parte del retiro de nuestro Santo y de sus diversiones.

¡Digna obra de un hombre á quien el cielo queria llevar hasta el honor del sacerdocio y del episcopado! En efecto, *Sulpicio* fué llamado al ministerio de los altares: el deseo y la piedad le dirigian por este camino: llegó por fin el precioso instante de una decidida

(1) Ibid.

(2) *In vitâ S. Sulpitii, c. 2.*

(3) Ibidem, c. 3.

(4) *In vitâ S. Sulpitii, c. 3.*

vocacion: en la voz de un virtuoso pontífice le parecia que oía la del mismo Dios. El ilustre y piadoso primado de Aquitania, que era el exemplo y la gloria de Berry, y el santo obispo de Bourges Austregisilo, que era admirador de *Sulpicio*, enterados de sus designios le embieron á Thierry II. Representóle aquel último prelado, que un hombre que era el ornamento de la corte, lo sería precisamente mas bien del santuario. *Oposuit Austregisilius* (1). Quedóse indeciso el monarca, pues, como honraba y amaba á nuestro Santo. Sentia perderle. Sin embargo respetaba su vocacion, y así condescendió con sus religiosos deseos, y con los sabios consejos de Austregisilo. Permite, pues, á *Sulpicio* que siga la voz del cielo, y desempeñe su vocacion. *Regia defertur auctoritas* (2). ¡O que luz tan brillante se va á descubrir en la Iglesia de Bourges! Desde sus primeras órdenes exerció las respectivas funciones del Sacerdocio. Como ministro fiel, no tardó en ser el apoyo y el recurso de la Religion, el consejo, el alma y el consolador de Austregisilo. Apenas se dexó ver este nuevo astro de la clerecía de Berry, quando todo mudó de semblante. Disipar las tinieblas del error, destruir el escándalo y hacer que triunfase la virtud, fueron los primeros sucesos de su zelo. Mas por muy grandes que estos sean, me admiran menos que el espíritu de recogimiento que emprendió como parte principal

Tom. III.

N

de

(1) *In vitâ S. Sulpitii, c. 3.*(2) *In vitâ S. Sulpitii, c. 3.*



de todos los trabajos. Prestado enteramente al Pueblo sin dexar de velar sobre sí mismo, ninguna cosa podia turbar la paz de su corazon. Llevaba consigo la soledad aun en medio de las funciones mas propias para distraerle de ella.

Al pontífice y su discípulo les animaba una noble emulacion. El uno hacia hablar la voz de la autoridad, y el otro empleaba el lenguaje de la persuasion. El primero mandaba con dulzura, y el segundo incitaba con su bondad. Aquel establecia utilísimas reglas y este las hacia observar. El pontífice enseñaba con sus escritos y su discípulo movia con sus predicaciones. Ambos juntaban los exemplos al zelo, y los beneficios á la instruccion. De este modo dividian Pablo y Timotéo las funciones del ministerio, y aseguraban con sus sucesos el triunfo del Evangélio.

Mas el mundo envidiaba ya á la Iglesia el héroe que poseía. Este se habia desasido de la corte de Thierry, y fué llamado á la de Clotario. Ah! Si no hubiera consultado mas que á su zelo ¿quantos esfuerzos hubiera hecho para que no recayeran sobre él las gracias del príncipe? Pero es menester obedecer. El deseo de los reyes es como una orden indispensable. Aquí teneis ya, pues, á *Sulpicio* vuelto á su primitivo estado; esto es, á aquel estado tan peligroso que nunca dexó de temer. Mucho mas que nunca se propuso caminar por las sendas de la justicia. Ninguna cosa habrá que le pueda hacer mudar de sistema. Siempre será el mismo penitente en la mansion del li-  
ber-

bertinaje, solitario en la de la disipacion, y apóstol y profeta en la de la incredulidad.

Dios no quiere, que por medio de un zelo indiscreto venga yo á recordar á los grandes los vicios que no tienen. Si la incredulidad reyna en la corte de los príncipes, tampoco se verifica universalmente en quantos la habitan. Si ya no gozamos de aquellos felices dias en que la fé triunfaba de todos los corazones, no limitemos sus conquistas en términos tan estrechos. Lo cierto es, que ella cuenta sus héroes entre los grandes como entre el pueblo. Pero tampoco lisongemos al hombre en sus defectos. Confesemos que su soberbia razon gusta muchísimo de abrirse una senda libre en perjuicio de la Religion. ¿Quantos grandes con menos conocimientos tal vez que el resto de los hombres, aunque mas á propósito para preocuparse, no quieren otros maestros en la fé que á sí mismos? Una preocupacion forma sus opiniones, y estas son para ellos unas leyes que les precipitan en mil extravíos. La fé verdaderamente estará sujeta en este caso á las débiles luces de la razon: á esta la vence la tirania de las pasiones, y las pasiones vienen á ser el principio fatal de la incredulidad. Los grandes que creen saberlo todo, confiesan muchas veces por sí mismos, que de ninguna cosa ignoran mas que de las cosas de nuestra verdadera creencia.

La corte de Clotario II, habia puesto mucho cuidado en el olvido de la Religion, en el menosprecio de sus leyes, de sus deberes y de sus sentimientos, por la indigna madre de  
N 2 aque



aquel virtuoso príncipe. Reyna odiosa por cierto, cuya muerte acababa, en fin, de terminar la carrera y los atentados; pero que su espíritu parecia que aun la sobrevivia para la infelicidad de la Francia. Hablo, señores, de la famosísima Fredegonda, cuyo ingenio parecia que se habia consumido en discurrir proyectos horribos, y que intrépida siempre para el crimen habia coronado los mas viles excesos con otros aun mucho mas horribles. Una corona conservada por la firmeza de su conducta; un esposo restablecido por medio de sus intrigas sobre el trono de que le habian hecho caer sus maldades; una menor edad sostenida con toda la industria de la mas refinada política; una regencia memorable por dos victorias, y el haber asegurado á su hijo el reyno de Borgaña, no serán nunca méritos bastantes para borrar las siniestras impresiones que han hecho contra ésta fogosa princesa las iniquas tramas de su ambicion, los trágicos espectáculos de sus venganzas y las sangrientas escenas de su crueldad y de sus furioses. Por tal qual rasgo de prosperidad y de gloria, nunca se podrá olvidar jamas, que Fredegonda hizo perecer al rey su esposo; y que no se avergonzó de inmolar á su embidia dos reynas virtuosas; dos hijos del rey, y otras mil víctimas ilustres. El justo horror que deben inspirar tantos atentados, no será nunca disminuido por el vano resplandor de algunos sucesos. Merecerá en su siglo el aborrecimiento público, y en todos los restantes se verá el nombre de Fredegonda manchado con los odio-

sos títulos que caracterizan á una reyna indigna de serlo, á una muger que casi se puede llamar monstruo, y que por lo mismo está justamente abandonada á la exécracion de la posteridad.

La muerte de Fredegonda aun no habia purificado en la corte de Francia el ayre pestilencial que habia hecho respirar el contagio de sus exemplos. *Sulpicio*, pues, no ignoraba nada de esto. El mismo se habia bosquexado la pintura fiel de la mansion que debia habitar; y así, valiéndose de su piedad, arregló su conducta sobre este quadro. Confióse á sus cuidados un importante y delicado empleo, que le hacia ser mirado con respeto de todas las órdenes y gerarquias del reyno. Este se reduxo á haberle nombrado por gefe y cabeza de todos los Levitas y Sacerdotes, que el ministerio de los altares une al príncipe y fixa, digámoslo así, en su palacio. En él se van á poner todas las atenciones y cuidados. Mas ¿lo deberá temer? No por cierto. Firme en la piedad, inmóvil en la virtud, y como roca inmutable entre las olas de una mar continuamente agitada, atraerá la calma. Tanto por sus exemplos quanto por sus discursos, vendrá á ser el teatro del orgullo, de la licencia, de la insensibilidad, de la venganza y de todos los vicios; el santuario de la humildad, de la penitencia, de la caridad, del perdon de las injurias y de todas las virtudes.

En efecto, señores, del mismo modo que pareció San Pablo en el Areópago, se presentó *Sulpicio* en la corte de Clotario II. Pablo



instruía á los filósofos, *Sulpicio* ilumina á los cortesanos. Las obras de uno y otro vienen á ser una misma. Valiéndose Pablo de la fuerza de su predicacion, sabia hacerse absoluto señor de los espíritus mas extraviados: y *Sulpicio* merece por la prudencia de su zelo las alabanzas de los hombres que mas interés tenían en censurarle. Pablo obscurece á las lumbres mas brillantes de la Grecia. *Sulpicio* encanta y persuade á los pretendidos oráculos de la corte. Pablo anuncia el Dios á quien adora Athenas sin conocerle: *Sulpicio* se atreve á decir, que la corte no adora al Dios que reconoce. Como era tan hábil para pintar la notable diferencia que hay de lo que son los grandes á lo que deben ser, no necesitaba su eloqüencia para confundirles de otra cosa que á ellos mismos. Todos hallaban en él un censor caritativo, una prudente guía, un oráculo y un modelo. A todos prescribía sabias reglas para conducirse por el áspero camino de la virtud. Muchas veces les atraía á sus deberes y obligaciones, y siempre les exhortaba á que no se apartasen de ellas. *Hortabatur ne legem amoverent à corde suo* (1).

Y á vosotros, ministros del Señor, que habéis sido llamados á la corte para desempeñar en ella las funciones del mas augusto ministerio; ¿quantas importantes lecciones os ha dado *Sulpicio* sobre las estrechas obligaciones, y los deplorables abusos de vuestro estado? ¿Con quanta dulzura (péro con que firmeza)

(1) II. Mach. 2. v. 8.

os repite, que vuestro zelo debe ser siempre superior á las baxezas de un vil interes; que el adelantamiento de vuestra fortuna, no debe ocupar tanto vuestra atencion como la gloria de vuestro Dios; que las riquezas son muchas veces causa del suplicio de aquellos que las poseen, y que los bienes de la Iglesia, de que sois los depositarios, no están en vuestro poder sino para repartirles entre la indigencia? Su zelo os mueve, y su santidad os persuade. En vuestro superior hallais una viva imágen de vuestras obligaciones. Vosotros leéis en su corazon todos los sentimientos que procura grabar en los vuestros. *Hortabatur ne legem amoverent à corde suo*.

A vosotros, á quienes el esplendor de vuestra nobleza, la superioridad de vuestra gerarquía, el crédito y la autoridad os hacen la mas brillante porcion de la corte; vosotros, que, divididos entre los penosos trabajos de la guerra y los dulces encantos de la paz, no seguís en uno ni en otro tiempo, sino el torrente de una desenfrenada licencia; vosotros, á quienes el nuevo espectáculo de un apóstol en la corte os da ocasion para burlarse de él; decidnos, decidnos pues ¿con que invisible cadena os atrae y sujeta *Sulpicio*? Decidnos ¿en que consiste que tenga su eloqüencia para vosotros mayores atractivos que los deleytes? Ya veis que él os representa á vosotros por vosotros mismos: os descubre vuestros torcidos caminos; vuestras pérfidas disimulaciones; vuestra cruel ambicion; vuestros vicios y vuestras pasiones. Ello es que en nada



os lisonjea y vosotros no podeis resistirle; sus discursos son otras tantas llamaradas que penetran los secretos lugares de vuestros corazones, y les muda. ¿En que puede esto consistir? ¡Ah, hermanos míos! Yo creo que no pende en otra cosa, que en que la conducta de *Sulpicio* reprehende eloqüentemente á la vuestra; y que las leyes que os impone con prudencia, se las impone á sí mismo con seriedad. *Hortabatur ne legem amoverent à corde suo.*

¡Quanto siento el no tener una pequeña parte de los talentos que distinguir á nuestro Santo para emplearles en bosquejar el interesante quadro de sus sucesos! La corte está llena de admiracion de ellos. Apenas puede creer las maravillas de que ha sido testigo: pero aun la van á sorprehender otras nuevas y no mas pequeñas. Admira en *Sulpicio* un apóstol, y ahora va á ver en él un profeta.

Ah! ¡en que estado tan deplorable se hallaba entónces la corte! Clotario II era tranquilo poseedor del trono y único monarca de la Francia, aunque casi siempre dividida entre diferentes soberanos desde la muerte de Clovis, estaba criado entre los estragos de la guerra, y era hijo de un desgraciado padre y de una madre perversa. Niño en fin todavía, quando ya era conquistador; de modo, que este monarca formaba las delicias de sus vasallos despues de haber sido el terror de sus enemigos. Como se hallaba adornado de un grande entendimiento era amigo de las letras; un rey filósofo y filósofo christiano, reparaba

ba con la dulzura de su gobierno las bárbaras providencias que habia exigido de él la imperiosa Fredegonda. Severo alguna vez por necesidad; bienhechor siempre por inclinacion; remiso en castigar y fácil para perdonar; consumado en el arte delicado de reynar; valiente sin imprudencia; prudente sin disimulo; moderado sin baxeza, y condescendiente y afable, gozaba de la confianza de sus pueblos. Una equidad inflexible, una inalterable dulzura y una piedad sincera y juiciosa, le atraían los respetos públicos. El cuidado que tenia en restablecer las leyes á su antiguo vigor y la sabiduría de sus reglamentos, le hacian acreedor á ser contado con honor entre los legisladores: era caritativo con los pobres y los desgraciados, liberal para con los templos del Señor, zeloso por la observancia de los santos cánones, y eficacísimo protector de la virtud y de aquellos que la profesaban, recibiendo por lo mismo otros tantos elogios, quantos eran los beneficios que repartia. De tal suerte, que aun quando la monarquía general de la Francia no le hubiera sido concedida por los derechos de la sangre, la hubiera adquirido por la unánime voz del reconocimiento.

La felicidad del estado era la del Monarca. ¿Por que no habrá sobre la tierra una felicidad sin turbacion y sin amargura? Por todo el reyno se extendió un espantoso sentimiento y consternacion con un acontecimiento fatal. Las sombras de la muerte rodeaban el trono. Clotario II fué herido, y á impul-



sos del golpe, cayó y espiró. *Rex crudeli afficitur morbo* (1). Desde aquel punto no anunciaba ya al príncipe aquel arte que se alaba de curar á los hombres, sino su imposibilidad y los espantosos horrores de la muerte. Ya casi no dexaban percibir en la respiracion (que es como precursora débil de algun tiempo mas de vida) sino un monarca á quien se le escapaba la corona de su cabeza. *Præceps ad mortem festinat* (2). Figuraos en este lance lo que es tan difícil de pintar; quiero decir, imaginaos á la reyna agobiada con la fuerza del dolor, casi muriéndose á los pies del monarca que veia espirar. *Regina deflet* (3). La corte envuelta en llanto, llena de sentimiento y toda la Francia turbada y llena de dolor. *Turbatur domus* (4). Ya parece que hemos llegado al momento en que se van á manifestar todas las desgracias con que ha gemido el reyno por tanto tiempo: ya se representaba la horrible pintura de las terribles guerras que iban á destrozar el corazon del estado: ya se empezaban á susurrar los partidos, presagio muy funesto de las próximas disensiones. Parecía que el monarca y el reyno iban á ser sepultados en un mismo sepulcro.

¡O infeliz Francia! depon, depon tus temores. Como libertador del príncipe y del estado detendrá *Sulpicio* el rayo que os amenaza-

(1) *In vitâ S. Sulpitii, c. 12.*

(2) *Ibidem.*

(3) *Ibidem.*

(4) *Ibidem.*

naza. Su modestia le impidió manifestarse desde luego á vuestras imprecaciones. *Ad virum concurrunt* (1). A él le pareció dudar del poder que tenia despues de Dios. Pero no podrá ocultaros sus lágrimas y sus oraciones. *Fundit preces* (2). En un profundo retiro redoblará los rigores de su penitencia y el fervor de sus súplicas: no interrumpirá la austeridad de sus ayunos, sino quando el cielo se muestre propicio á sus deseos. No consideréis ya, ó consternados habitantes de la corte, no consideréis ya á vuestro rey sobre el lecho de la muerte: esta ya se ausentó: *Sulpicio* os anuncia el feliz momento en que va á revivir para su pueblo el monarca mas querido y mas digno de serlo. *Pollicetur* (3). En efecto, habla el Santo y llega el día prometido y esperado. *Dies adest expectata* (4). Verificase el oráculo. *Promissa complentur* (5). Escápase el príncipe del peligro que le amenaza; y vive despues para bien de sus vasallos, tranquilidad de su império, interés de la Religion y gloria de *Sulpicio*.

Hasta la misma incredulidad, como testigo de este prodigio, no puede negar á nuestro Santo su admiracion y su respeto. Todo el mundo aplaude su triunfo. *Omnium manibus glorioso triumpho attollitur* (6). El divide con su prin-

(1) *In vitâ S. Sulpitii, c. 12.*

(2) *Ibidem.*

(3) *In vitâ S. Sulpitii, c. 22.*

(4) *Ibidem.*

(5) *Ibidem.*

(6) *Ibidem.*